

cular, deja entrever y hace comprender en algún modo los principales y más incomprensibles caracteres de la Sagrada Eucaristía. En efecto, lo que hay aquí más asombroso es, primero: la transubstanciación ó cambio de substancias, mediante la cual se verifica la presencia real, pero insensible, de Cristo bajo las especies de pan y vino; segundo: la multiplicación indefinida de esa misma presencia, ó sea del cuerpo de Cristo nuestro Señor sacramentado; á lo cual puede añadirse en tercer lugar la forma espiritual y desnuda de todos los accidentes propios de la materia, en que Jesús nos da á comer su carne sacrosanta. Milagrosos son, sin duda, y que exceden á todos los alcances de nuestra inteligencia, estos caracteres ó modos de ser de la inescrutable Eucaristía; pero ¿quién no admira en aquella maravillosa multiplicación de los panes en aquel banquete del desierto, como trazados y figurados esos mismos caracteres? ¿No hubo allí también una especie de transubstanciación en el cambio substancial obrado por las manos de Cristo, transformando, no accidental sino substancialmente, en verdadero pan otras substancias materiales, á menos que digamos haber sacado Cristo totalmente de la nada por un acto de verdadera creación aquella substancia con que alimentó á las turbas? Una de dos explicaciones se hace preciso admitir, dado el milagro, que no fué fantasmagórico é ilusorio sino real y positivo; y cualquiera de ellas nos hace entrever la transubstanciación eucarística. Así nos lo enseñan autorizados expositores¹. En la Eucaristía aparecen los accidentes del pan, quedando oculto á nuestros sentidos el cuerpo de Cristo: en la multipli-

¹ Vide *A Lapide*, Comment. in Io.

cación milagrosa de los panes aparecían también los accidentes y la substancia misma del pan, pero debajo de ella quedaba en cierto modo oculta, anonadada, la otra substancia ó substancias de que Cristo hizo el pan, si, como parece más probable, no lo hizo de la nada¹. En cuanto á lo segundo, claro está que el cuerpo de Cristo sacramentado no se multiplica del mismo modo que el pan maravilloso del desierto, pues éste se repartía realmente, tocando á cada uno de los convidados una porción de él, nada más, en tanto que el cuerpo del Señor no sufre división ninguna, dándose todo entero á todos cuantos le reciben². Pero, aunque esto sea así verdad, ¿no es por lo menos una viva y adecuada imagen de lo que pasa en el banquete eucarístico, aquella producción como infinita de panes, de un mismo gusto y de alimentación exquisita, dándose á cada cual, si no toda la cantidad del pan, tanto cuanto bastaba para la hartura de todos? ¿No podría decirse en cierto modo: *Sumit unus, sumunt mille: quantum isti, tantum ille, nec sumptus consumitur*³? Por lo que hace, finalmente, á la forma espiritual en que nos da Cristo á gustar su cuerpo y sangre, la misma sencillez opípara de aquel rústico banquete celebrado sobre la verde hierba, á campo raso y cielo descubierta, sin otro manjar que el pan fabricado por las manos del Soberano Artífice, y, no obstante, regalada aquella muchedumbre como si hubiera disfrutado de muchas y riquísimas viandas; todo esto digo, ¿no es imagen de la sencillez sublime del banquete eucarístico, debida á la forma puramente espi-

¹ Ex nihilo sui et subiecto.

² Nulla rei fit scissura... Sic totum omnibus... (*S. Thom.*, In off. SS. Sacram.).

³ Ibid.

ritual en que se nos da el cuerpo de Cristo, sin que nada halague aquí el sentido, ni fascine la vista, ni regale el paladar, concentrándose toda la suavidad de este divino manjar en las potencias del alma, no viendo más que el cielo y en derredor el desierto? Con razón podremos exclamar: ¡Bendita sea la amable Providencia de Jesús, que quiso trazarnos tan delicada y gráficamente el sagrado banquete de su cuerpo y sangre en la milagrosa multiplicación de los panes! No menos exacta aparecerá la figura, carísimos hermanos, si atendemos á los efectos de la vianda celestial.

II.

7. Efectos naturales de la alimentación del cuerpo son la fortaleza y el bienestar, resultado de la satisfacción que acompaña á la salud y al pleno goce de la vida. ¡Qué refocilados y contentos no se sintieron aquellos millares de hombres, mujeres y niños, poco antes á punto de desfallecer de hambre y fatiga, socorridos por el misericordioso Jesús!¹ Aunque bastante ciegos² para apreciar lo estupendo del milagro y reconocer por él la divinidad del Salvador, no pudieron menos de sentirse atraídos hacia su persona, buscándole de allí en adelante con mayor ahinco adondequiera que fuese³, y tratando de aclamarlo rey. Muchos de ellos llegaron á creer en el Mesías, entrando de este modo en los verdaderos designios de Jesús que les decía: «Buscad, no el alimento perecedero, sino el perdurable y que da la vida eterna . . . reconoced en mí al que Dios ha sellado con el carácter de Hijo suyo para daros la vida.»⁴

¹ Marc. 6, 34.² Ibid. vers. 52.³ Io. 6, 24.⁴ Ibid. vers. 27.

Fué, pues, mucho más allá de lo puramente natural el efecto de la milagrosa alimentación del desierto. ¡Felices los que supieron aprovecharse de aquel insigne beneficio!

8. Mas ¿cuáles deben ser, hermanos míos, los efectos de la sagrada manducación eucarística en la que Dios mismo es el manjar?¹ ¿No deberían sentirse los fieles, alimentados con el verdadero Pan del cielo, plenamente satisfechos, robustecidos y fuertes para el bien, trocado el paladar del alma de sensible y terreno en celestial y divino, llenos de una inefable suavidad, transformados totalmente en Cristo? Adquirir vida divina, he ahí el objeto final del celestial banquete; porque, si el hombre se alimenta de substancias terrenas para vivir vida animal, también debe vivir vida divina una vez admitido por Dios mismo á la mesa en que, según la valiente expresión de Tertuliano, «el alma se regala con la grosura de Dios»². ¿Por ventura no tiene aquí lugar, como en la nutrición corporal, la ley fisiológica de la asimilación de las substancias alimenticias por el organismo? Sin duda, hermanos míos, toda vez que Jesucristo ha querido instituir el Sacramento de la Eucaristía con verdadero y real carácter de manducación: *Tomad y comed*. Nos asimilamos, pues, á Dios, ya que Dios quiere ser nuestro alimento; sólo que, como juiciosamente advierte San Agustín, aquí la asimilación se hace en sentido inverso de la fisiológica y natural, por exigirlo así la naturaleza y el orden de las cosas. *Lo inferior*, como da á entender el Apóstol³, debe ser absorbido por *lo superior*, es decir, transformado: el alimento, en hombre; el hombre, en Dios. Por esta razón dijo el

¹ Offic. SS. Sacram. ² Anima de Deo saginatur.³ Ut absorbeatur quod mortale est, a vita (2 Cor. 5, 4).

Señor á su siervo Agustín: «No me mudaré yo en ti, sino tú te mudarás en mí.»¹ Ni era digno ni posible, por lo tanto, que Cristo, alimento del alma en la sagrada Eucaristía, se transformase en el hombre; sino al revés, el hombre que se sienta á la Mesa divina debe transformarse en Cristo. No es dable que Cristo se asemeje al hombre, pero sí que el hombre se asemeje á Cristo, viviendo de la misma vida, del Hombre-Dios, conforme al sentimiento de San Pablo: *No soy yo quien vive, sino Cristo vive en mí*².

9. De donde infiero, hermanos míos, que el precepto de la Comunión pascual no es solamente eclesiástico sino estrictamente divino, y de igual fuerza que los que se llaman de derecho natural. Porque, si natural es, como se ve á primera vista, la ley de alimentarse para sostener la vida física, ¿cómo no ha de serlo en un orden superior, el precepto de comer el cuerpo del Señor en la mesa de la Eucaristía, siendo condición indispensable para la conservación de la vida sobrenatural? Y que así sea no puede ser dudoso, una vez hecha por el mismo Cristo aquella solemne declaratoria: *Nisi manducaveritis, etc.*³, ... *Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, no tendréis en vosotros la vida.* ¿Por ventura cabe tergiversar estas clarísimas palabras, interpretándolas en otro sentido del que abiertamente ofrecen? ¡Imposible! Luego es preciso alimentarse con el cuerpo de Cristo: luego es forzoso comulgar, y con tanta frecuencia como lo reclamen las necesidades de nuestra vida espiritual. ¿Creeremos que la vida física se debe sostener á poder de alimento cotidiano y de mil y mil

¹ Non ego mutabor in te, sed tu mutaberis in me.

² Gal. 2, 20.

³ 2 Cor. 1. c.

cuidados, y dejaremos ayuno el espíritu por muchos días y aun meses y años? ¡No, hermanos carísimos, esto no puede, no debe ser así! Porque el resultado de nuestra negligencia, de nuestro culpable alejamiento de la sagrada Mesa, no puede ser otro sino la enfermedad, la inanición, la muerte.

De la abstención de comulgar, ó del abuso todavía más criminal de la comunión recibida en pecado, nace la perdición temporal y eterna de las almas, como lo notó gravísimamente el Apóstol en su acerba reprensión á los fieles de Corinto por los abusos que cometían en sus reuniones para celebrar la cena del Señor: *Por eso hay entre vosotros tantos enfermos y débiles, y mueren tantos*¹, entendiéndose por estas palabras, según respetables expositores, no sólo las enfermedades y muerte espiritual, sino aun el castigo de enfermedades corporales y muertes prematuras. Y ¿no castigará el Señor, justamente irritado, el indigno menosprecio que de su magnífico festín hacen los fieles que no comulgan ni siquiera una vez al año por Pascua Florida? No lo dudéis, amados míos; y de ahí que sean cada día más pesadas las calamidades de todo linaje que afligen á los pueblos culpables de ese género de apostasía, por haber abandonado en masa á Jesucristo sacramentado. ¡Espantosa desertión! Y ¿no es un hecho demasiado palpable? ¿Cuántos son ya los que cumplen con el gran precepto? ¿Cuántos más no lo han relegado al olvido, obstinándose en no acercarse al banquete eucarístico, llevados de irreligión manifiesta, ó de horrible y funesta indiferencia, ó, lo que es más general, de la corrupción de costumbres, á que no quieren renunciar, como habrían de

¹ 1 Cor. 11, 30.

hacerlo necesariamente si hubiesen de participar de la santa Comunión!

¡Ah, cristianos! el mal social es enorme; su extensión incalculable la acusa el infinito número de los que no cumplen con sus deberes religiosos en este sagrado tiempo del año. ¿Qué haremos nosotros por nuestra parte, á fuer de verdaderos católicos?

10. Agrúpanse los hijos que aun no han renegado de la Iglesia su madre, alrededor de esta mesa de familia, donde, como en el Cenáculo, desea ardientemente Jesucristo celebrar la Pascua con sus hijos¹. ¿No contribuiremos de este modo á redoblar la alegría de su corazón? ¿no le mitigaremos siquiera el dolor que le causan tantas defecciones de hombres, pueblos y naciones enteras? Sí, carísimos oyentes, apresurémonos á dar público y solemne testimonio de nuestra fe en Jesucristo, y de nuestra adhesión incontrastable á la Iglesia, su Esposa. La Comunión pascual reanudará felizmente los dulces lazos de la caridad entre los hijos de la común madre; y la sociedad misma, regenerada por el espíritu de piedad cristiana, participará de las santas alegrías de la Pascua. Así sea.

DOMÍNICA DE PASIÓN.

La transformación moral del hombre, consumada en la Pasión de Cristo.

Ego, cum exaltatus fuero a terra, omnia traham ad me ipsum.

Cuando yo fuere levantado en alto de la tierra, todo lo atraeré á mí.

Io. 12, 32.

1. La pequeña colina del Calvario no se eleva tanto como la erguida y nevada cumbre del Tabor; y, sin

¹ Luc. 22, 15.

embargo, hermanos míos, no fué levantado Jesucristo tan alto sobre la tierra en el Tabor como en el Calvario. De este monte hablaba cuando dijo: «Cuando yo fuere puesto en alto, como la misteriosa serpiente en el desierto, atraeré hacia mí no solamente todas las miradas, sino á todos los hombres y las cosas.»¹ Jesucristo levantó en peso el mundo entero á la altura de su cruz. ¡He ahí donde se perfecciona y termina la grande obra de la transformación moral y mística del hombre! No en el Tabor, á pesar de los resplandores con que allí aparece revestida la sagrada humanidad de Cristo, sino en el Calvario, á pesar de la sangrienta desnudez que baña el cuerpo del Crucificado. Y esto es, amados fieles, lo que la Iglesia quiere persuadirnos en esta época que, como reflexiona el Padre San León Magno, debe acrecer tanto nuestra devoción, cuanto más se aproximan los días consagrados á solemnizar aquel sublimísimo misterio de la divina misericordia², los días de la pasión y muerte del Redentor.

2. Moisés y Elías departían amigablemente á un lado y otro con el Salvador transfigurado, y el tema de su conversación, como el gran tema de todo el Antiguo Testamento, de la Ley y los Profetas, no era otro que el *exceso* (así lo llama el Evangelio) que había de efectuar Jesús en Jerusalén. ¡Oh! y ¡qué bien le cuadra este calificativo á aquella Pasión santísima, á aquella soberana obra de amor excesivo y de dolor que excedió á todos los dolores! *Dicebant excessum...*³ Al exceso de los humanos desórdenes debía corresponder el exceso

¹ L. c. supra.

² De Quadrag. serm. 9 (Brev. Rom. Dom. Pass.).

³ Luc. 9, 31.